

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

24

OCTUBRE-DICIEMBRE

1946

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. SALVADOR ZUBIRÁN

Secretario General:

FRANCISCO GONZÁLEZ CASTRO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:
Eduardo García Máynez

DIRECTOR:
Agustín Yáñez

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior	dls. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

		Págs.
José Gaos	<i>La situación de la Filosofía en el momento presente</i>	221
Juan Hernández Luna	<i>El pensamiento racionalista francés en el siglo XVIII mexicano</i>	233
Samuel Ramos	<i>La personalidad artística</i>	251
José Antonio Portuondo	<i>La inspiración o resonancia poética</i>	267
Armando Bolaño e Isla	<i>En torno al teatro español del Siglo de Oro</i>	303
Mario Mariscal	<i>Un retrato y una firma ilustres, en papeles del siglo XVI</i>	315

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan David García Bacca	<i>Entre la Física y la Filosofía. (Philip Franck.)</i>	323
Juan David García Bacca	<i>Papeles para una Filosofía. (Francisco Romero.)</i>	327

	Págs.
José Gaos	<i>La filosofía de Martín Heidegger.</i> (A. de Waehlens.) 330
José Rojas Garcidueñas	<i>Arte mudéjar en América.</i> (Manuel Toussaint.) 339
Félix Gil Mariscal	<i>Cántico fe de vida.</i> (Jorge Guillén.) 341
A. Alatorre	<i>Vida y Cultura en la Edad Media.</i> (J. Bühler.) 343
Pero Adjecto Botelho	<i>El concepto de la historia y otros ensayos.</i> (J. Huizinga.) 347
Rafael Heliodoro Valle	<i>Ensayo bibliográfico de los catálogos de sujetos de la Compañía de Jesús en la Nueva España. Aumentado con una lista de los jesuitas que ejercieron su ministerio durante el siglo XVI.</i> (Francisco González de Cossío.) 350
Agustín Millares Carlo	<i>Visita y reforma de los Hospitales de San Juan de Dios de Nueva España en 1772-1774.</i> (Rómulo Velasco Ceballos.) 351

PRESENCIAS Y ACTIVIDADES

Agustín Yáñez	<i>Etopeya e ideas de Eduardo García Máynez</i> 355
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México	361
Notas y noticias de América	367
Publicaciones recibidas	375

LA SITUACION DE LA FILOSOFIA EN EL MOMENTO PRESENTE

La Filosofía podrá no tener el valor de la verdad objetiva ; pero no cabe negarle el de expresión de los tiempos.

Es más : no deja de haber razones para pensar que bien pudiera ser la expresión más completa o más radical de los tiempos. Más que la ciencia o la política ; más, incluso, que al arte, comprendiendo lo literario, o la religión. La filosofía se ensancha hasta horizontes, se eleva hasta alturas o desciende hasta profundidades a que no lo hacen igualmente los otros "sectores de la cultura" que acabo de nombrar. Me pareció, pues, que la situación de la filosofía en el momento presente era tema que no podía menos de interesar a gentes animadas por la avidéz de conocimiento antes mentada.

Ahora bien, la situación de la filosofía en el momento presente es el resultado de un cambio de la situación de la misma en el pasado. Por ende, no es posible hacerse bien cargo de la situación presente sin referirse a la pasada. Pero el pasado de la filosofía es un gigantesco pasado de veinticinco siglos bien cumplidos. ¿Cómo referirse a él? por fortuna, no necesitamos hacerlo sino, recíprocamente, en referencia al presente. De ese gigantesco pasado más que milenario no necesitamos "espumar" sino lo que habemos menester para hacernos bien cargo de la situación presente. Nos encontramos pues con una dependencia mutua del pasado y del presente —pero así es siempre, en todo. Ello se funda conjuntamente en la naturaleza misma del tiempo y del hombre. Por otra parte, la situación presente de la filosofía apunta a una situación futura, la entraña. Sin referirnos asimismo a esta situación futura, no captaremos *acabadamente* la presente. Y también aquí nos encontramos con una dependencia mutua del presente y del futuro. El

futuro saldrá del presente, pero el presente está determinado por el futuro que lleva dentro. Y también aquí, una vez más, los fundamentos son los mismos: la naturaleza del tiempo y del hombre.

En el pasado ha sido la filosofía "*logon didonai*", según la expresión venerable, aunque sólo fuese por antigua, de la escuela platónica: "dar razón". Pero dar aquella razón que se ha llamado "razón de ser". Este ser de que la filosofía es dar razón, es a su vez, ya el existir, la existencia de los seres o entes, ya la manera de ser esencial, la esencia de éstos. La filosofía ha sido, pues, dar razón de que los seres *existan, en lugar de que no existan*, o de que sean *esencialmente de tal o cual manera y no de otra*. La razón dada por la filosofía ha sido un Ser, con mayúscula, cuya existencia es esencial, porque su esencia consiste precisamente en existir. En este Ser se identifican, pues, esencia y existencia. Es un Ser que es una Esencia-Existencia, todo con mayúsculas. Ahora bien, dar esta razón de ser ha sido obra de la razón en otro sentido: en el sentido de la facultad del espíritu humano así llamada también. En el pasado, la filosofía ha sido, en suma, cosa de *la razón* y cosa de *razón*; cosa *de razón*, se puede decir en conjunto. Pero, ha sido también "teología", en el sentido más propio de este término. "Teo-logía" es etimológicamente "logos" de "Dios". "Dios" es el nombre dado tradicionalmente al Ser razón de la existencia y de la esencia de todos los demás seres. Pero es también el nombre dado asimismo tradicionalmente al objeto por excelencia de toda religión. Esta, la religión, es la forma, la vía espontánea, primera, más propia de entrar el hombre en relación con Dios. Mas el hombre no es sólo un ser religioso. Es además un ser racional. Tiene razón, tiene "logos" — y no se contentó con entrar en relación con Dios por la vía de la religión; quiso entrar en relación con él también por la vía de la razón; incluso *fundamentalmente* por esta vía. Quiso dar "razón de Dios", esto es, hizo "teo-logía". Es fácil ver que el dar razón de la existencia y esencia de los seres, dando por tal razón el Ser divino, traía consigo el dar razón de este Ser mismo, se fundaba en ello; la filosofía fué teología. Y es fácil igualmente ver que, en cuanto teología, la filosofía ha sido cosa de religión. Sin ésta, sin su espontánea, primera, más propia relación religiosa con Dios, no se le hubiera ocurrido al hombre entrar con Dios en relación racional, incluso racional fundamentalmente. En conclusión, la filosofía ha sido en el pasado cosa *de razón* y cosa *de religión*. Y, en efecto. Pasen ustedes raudamente la vista de su memoria sobre las cumbres de la cordillera bajo la imagen de la cual se nos presenta

la historia de la filosofía, como toda historia. Platón: el mundo sensible, dependiente, "participante" del mundo de las Ideas, y este participante, dependiente a su vez de la Idea del Bien, lo Divino. Aristóteles: la "filosofía *prima*", culminando en la "teo-logía" de la Esencia-Existencia de que "depende el cielo e tutta la natura", o que, inmóvil, mueve el mundo "como lo amado mueve al amante". La edad media entera: desde el *fides quaerens intellectum* de San Anselmo, que es un *credo ut intelligam*, hasta los *praeambula fidei* de Santo Tomás, que no dejan de ser un *intelligo ut credam*, y aún antes y después, el problema intelectual capital de la edad media es el de las relaciones entre la razón y la fe. Descartes: "pienso, luego soy"; "soy una cosa que piensa"; encuentro en el pensamiento que me constituye a la vez su propia, mi propia imperfección y la idea de la perfección absoluta, de un Ser perfectísimo, luego la razón de mi ser no puede serla sino este Ser, no yo mismo. Spinoza: la *Etica*, empezando por la "*causa sui*", "*Deus sive natura*", y acabando por el "*amor Dei intellectualis*". Malebranche: "vemos todas las cosas en Dios", "Dios es el lugar de los espíritus, como el espacio es el de los cuerpos". Leibniz: las mónadas, fulguraciones de la Mónada divina. Berkeley: el ser de las cosas reducido a su ser percibidas, por obra de Dios, por los espíritus, obras de Dios. Hasta Kant, cuya *Crítica de la Razón pura* está ordenada a la de la *Razón práctica*, no que ésta siguiese simplemente a aquélla; o cuya teoría de la experiencia está ordenada a hacer posible lo postulado como real por la vida moral, la libertad, la inmortalidad, la Divinidad. Hasta Hegel, para quien la Idea absoluta es la Divinidad. Las grandes filosofías del pasado han sido religiosas hasta el punto de parecer un simple —o complejo, si prefieren— dar razón de la religión. Hasta punto tal, unidas la razón y la religión en la filosofía del pasado.

La situación filosófica en el momento presente está determinada por una filosofía que se adjetiva de "existencial" o se sustantiva en el término de "existencialismo" y que tiene por autores principales a los alemanes Martín Heidegger y Carlos Jaspers, a los que se agregan otros menores, así como discípulos, epígonos, difusores, en conjunto muy numerosos, de muy varias nacionalidades. El momento presente de la historia de un sector de la cultura como la filosofía, de la historia en general, está determinado por aquellos "productos de la cultura", por aquellos hechos que se presentan como la "última palabra", por decirlo así. De cuantas filosofías compiten dentro del campo del presente, ninguna se presenta como la úl-

tina palabra en la misma medida y forma que la existencial o que el existencialismo de los autores nombrados. Así es reconocido hasta por representantes de las filosofías más opuestas a ella, de las filosofías más representativas a su vez de la tradición. El nombre de Martín Heidegger, ha escrito recientemente uno —se trata de un jesuíta— es “para muchos, símbolo y cifra del supremo progreso del pensar filosófico en nuestro tiempo”. Pues bien, ¿en qué consiste este existencialismo? Formulado de la manera a la vez más radical y concisa, en afirmar que los seres no tienen una última, o primera, razón de ser. Los seres son, existen, y son o existen como son o existen y no, más bien, no son o no existen; por qué son o existen como son o existen y no más bien de otra manera, son preguntas no simplemente sin respuestas, sino sin respuesta porque son preguntas en definitiva sin sentido. Es un hecho que son o existen, pero lo mismo que son o existen, pudieran no ser o no existir. Es un hecho que son o existen de cierta manera, pero lo mismo que son o existen de esta manera, pudieran ser o existir de otra. El hombre, el ser humano, no es la razón de ser de los demás seres, ni de sí mismo en el sentido de razón de la existencia. No les da ni se da la existencia. Es a lo sumo la razón de ser de los demás seres y de sí mismo en el sentido de la manera de ser, pero de la manera de ser *inesencial* de que son los demás seres y el mismo, lo que hace que tampoco quepa hablar de “razón de ser”, ni de “dar razón” en el sentido tradicional. Les presta y se presta su manera de ser. *Lo que* los demás seres son, es lo que son *para él*. *Lo que* él mismo es, es lo que es *para sí*. Pero como él mismo no se da la existencia, no es la razón de ser de sí mismo en el sentido de la existencia, sino que es un hecho con el que se encuentra como hecho puro, nudo, bruto, sinrazón de ser, en definitiva todo gravita sobre esta ingrávida, a su vez, sinrazón de ser, todo flota sobre —el no ser, la nada. Recordemos que la filosofía era dar razón de ser, de la existencia y de la manera de ser de los seres, de esta manera por las esencias, y de la existencia de los seres y de sus esencias por Dios, de cuya existencia daba a su vez razón de ser por su esencia, dándola de esta misma. La razón de ser se encontraba en las esencias y en última instancia en la divina. La filosofía era “esencialismo”. La filosofía del momento presente da razón, en el sentido insinuado, de la manera de ser del ser humano, pero esta razón consiste en afirmar en definitiva que ni siquiera tiene sentido la cuestión de la razón de ser, ni de la existencia, ni de la manera de ser esencial, ni de los demás seres, ni del ser humano mismo. O lo que es lo mismo, que ni siquiera tienen sentido las

esencias, ni la existencia y la esencia divinas. Todo se reduce a la existencia del ser humano y de los demás seres, a este hecho puro, nudo, bruto, inessential, y a la manera de ser que presta a los demás seres y a sí mismo el ser humano, él mismo parte de ese hecho. Todo se reduce, pues, a las existencias sin esencias. Por eso esta filosofía está perfectamente llamada "existencial" o "existencialismo". La filosofía era cosa última, o primeramente, de esencias. Ahora es cosa exclusivamente de existencias.

¿Es esta filosofía verdaderamente nueva? No. Se le encuentran precedentes en la filosofía del pasado, sobre todo a partir de los comienzos de la filosofía moderna. De todo lo que constituye el mundo moderno, la modernidad, lo más propiamente moderno, lo más radical de todo, la raíz del resto, es la ciencia, la ciencia moderna. Ahora bien, la ciencia moderna nació de un ánimo fundamentalmente hostil a las esencias, a la razón de ser, al dar razón de nada —porque era, porque siguió siendo un ánimo exclusivamente interesado, afanoso por dominar y utilizar los seres, inclusive los humanos, y para esto no sólo basta el conocimiento de las coexistencias y las sucesiones de los hechos como tales, sino que estorban las esencias. Hasta qué punto siguió siendo esto la modernidad, lo evidencian los acontecimientos políticos de nuestros días. Lo que se ha llamado el totalitarismo ¿no se caracteriza al par por la voluntad de dominación sobre los seres humanos y por los fundamentos irracionales, como el vínculo de la sangre, hasta el extremo de no importarle tener razón? En todo caso, el ánimo de que nació la ciencia moderna es el ánimo de un tipo de hombre *indiferente* a Dios, a la religión, que es una manera de ser ateo e irreligioso mucho más radical que ser *enemigo* de Dios y de la religión. Pues bien, mientras que las filosofías modernas a que me referí anteriormente, las de Descartes, Spinoza, Malebranche, Leibniz, Berkeley, Kant, Hegel, son filosofías que se esfuerzan por conciliar en lo posible con la ciencia moderna, con la modernidad en general, la filosofía de la tradición greco-cristiana, hay otras filosofías modernas que son expresión pura de la ciencia moderna, de la idea del mundo correspondiente a ésta, de la modernidad en general. Tal es la filosofía de Hobbes y en general la filosofía materialista que él inicia, pero que no le supera. Tal es la filosofía del llamado empirismo inglés, que culmina en Hume. Tal es la filosofía de la corriente filosófica dominante desde mediados del siglo pasado hasta estos mediados del presente, la que ha venido desde el positivismo hasta el existencialismo. Y

es posible que ni siquiera éste supere a Hume en el fondo, sino tan sólo en la forma sistemática, metódica, técnica.

Por ser cosa de esencias, de esencias que eran la razón de ser de los seres y de las que era razón de ser la Esencia divina, razón de ser de sí misma, la filosofía era *teología* o en el fondo cosa de *religión*. La filosofía existencial es esencialmente —como sólo cabe decir desde fuera de ella— *ateológica* o en el fondo *irreligiosa*. Como lo eran ya las filosofías modernas que he mentado últimamente. Esto es lo que la situación de la filosofía en el momento presente expresa o significa más extremadamente y más radicalmente: la moderna irreligión. Más extremadamente, porque el existencialismo de nuestros días parece haber dado a la moderna irreligión una expresión extrema, insuperable. Más radicalmente, porque el hecho de la religión o la irreligión es un hecho literalmente radical, último o primero. Si hecho puro, nudo, bruto, o hecho del que se pueda dar razón será la cuestión final.

Desde donde sabemos de él, el hombre se presenta como un animal religioso, y radicalmente religioso. La religión es el estrato básico de su vida colectiva e individual, determinante de toda ella. Mas he aquí que determinados sectores dentro de los grupos cultos de la Antigüedad, minoría, pues, dentro de las minorías, hacen por primera vez en la historia de la Humanidad profesión de doctrinas que implican el ateísmo, la irreligión, o que enseñan también éstos explícitamente. Mas he aquí sobre todo, que a partir de los finales de la edad media y los principios de la moderna, imposibles de deslindar, los enemigos declarados y solapados de la religión, de toda religión, los indiferentes en materia de religión, de toda religión, los ateos, los irreligiosos empiezan a multiplicarse hasta el extremo, no sólo de prevalecer quizá numéricamente entre las minorías más cultas y más aristocráticas sino de generalizarse dentro de la burguesía, la clase dominante al cabo en el mundo moderno, y sobre todo de extenderse a las masas proletarias. Este fenómeno de clases, de masas, en general irreligiosas, es nuevo en la historia multimilenaria de la especie humana. Y tomó ya volumen bastante para que plantee un tremebundo problema. A mediados del siglo xvii había en París tantas decenas de millares de libertinos, como allí y entonces se llamaba a los que allí y en otras partes se llamó después libre-pensadores, que escandalizaban al buen P. Mersenne, el fraile de la orden de los Mínimos que servía de centro de comunicación a los intelectuales más conspicuos del momento en los países de Europa. En el siglo siguiente, se

habla incluso de algún cardenal de la Iglesia Romana— ateo. Se dirá que el hombre moderno ha sido indiferente en materia de religión mientras le fué bien, mientras todo fué ciencia, técnica, industria, economía, confort progreso y fe en el progreso o sea, mientras no le sobrecogieron catástrofes que no se han limitado a retrotraerle a los momentos más ominosos del pasado, como los de las guerras de religión o de la invasión de los bárbaros, sino que han ido mucho más allá por el volumen y el refinamiento de la crueldad. Pero ¿es que las masas alemanas y rusas, para no hablar más que de ellas, que combatieron en la guerra —no sé si pasada o todavía futura—, combatieron animadas o siquiera sostenidas por una fe religiosa en ningún sentido propio? ¿Es que es una fe en este sentido la del racismo en la comunión de sangre de la comunidad nacional consigo misma y con el *Führer*, o la del comunismo en la conversión a él del mundo entero? En todo caso, he aquí las palabras que escribía hace unos años un distinguido autor marxista francés: “Los marxistas pueden volverse guerreros, pero sin valores de guerra. Les ha sucedido, les sucederá todavía, el sacrificarse sin creer que su sacrificio tenga un sentido místico: el morir sin el misticismo de la muerte, sino para la vida, e incluso sabiendo que *la vida es irremplazable*”. (El subrayado que acabo de hacer verbalmente es mío.)

Esto es, pues, lo que expresa o significa más extremadamente y más radicalmente el existencialismo de nuestros días. En ello están hoy conformes hasta los representantes de las filosofías más opuestas, más representativas a su vez del pasado, a quienes aludí en un momento anterior. Otro de ellos, un miembro de la escuela neotomista de Lovaina, ha escrito: “las ideas heideggerianas . . . principales . . . no son otra cosa que la *experiencia de la repulsa de la experiencia cristiana*.” (El subrayado es, esta vez, suyo). Es cierto que también cita, para suscribirla, esta afirmación de otro autor, referente al otro gran filósofo existencialista alemán de nuestros días, a Carlos Jaspers: “El discurso sobre Dios no pierde su esencia religiosa cuando se presenta como un ‘discurso sobre la ausencia de Dios.’ Pero también es cierto que llega a hacer esta concesión, la mayor, evidentemente, que puede hacer un hombre de su escuela: no nos es dado prever si ciertas concepciones anticristianas no llegarán algún día a determinar un nuevo estilo de existencia enteramente libre de toda reminiscencia religiosa.” Esto es, pues, la situación de la filosofía en el momento presente. Pero no sólo esto.

La filosofía no era sólo cosa en el fondo de religión. Era además cosa de razón. Era cosa de razón porque consistía en dar razón de ser de la existencia y esencia de los seres, dando, en definitiva, razón de la Esencia divina. La filosofía existencial no da propiamente razón de ser ni siquiera de la manera de ser del ser humano y de los demás seres, mucho menos de la existencia de éstos ni de aquél. En rigor, una filosofía que niega las esencias, las razones de ser, no puede dar razón de ser — ni siquiera de sí misma. Ahora bien, si se ha venido nombrando filosofía al dar razón de ser de la existencia y la esencia de los seres, ¿será algo más que un equívoco el seguir dándolo a — la imposibilidad de darla? . . . La filosofía existencial es la filosofía “irracionalista” por excelencia. No simplemente en el sentido de que admita otras instancias que la razón y hasta que las prefiera a ésta. Sino en el sentido de no admitir, de no poder admitir, la razón. Pero, una filosofía “irracionalista” en este sentido ¿será una “filosofía”? ¿Es posible hablar de una “filosofía” “irracionalista” en tal sentido sin contradicción en los términos? — Tampoco en este aspecto es la filosofía existencial de nuestros días enteramente nueva. La edad moderna es en la filosofía la edad de la creciente “crítica de la razón”, para decirlo con las palabras de los títulos de las obras maestras de semejante crítica, aunque el sentido de la que hacen estas obras no sea el negativo que se le atribuye corrientemente, sino uno mucho más positivo. La razón se ha autocríticoado y ha acabado, no sólo por reconocer sus límites, su *finitud*, sino su *nulidad*, por autoanularse, por suicidarse. En el sentido de reconocer los límites de la razón son irracionales muchas de las filosofías de nuestros días, un tanto inconscientes, a pesar de ser filosofías, del rumbo, de la meta de la corriente irracionalista. En el sentido de anular la razón es irracionalista la filosofía existencial de nuestros días. Esta tiene, pues, sus precedentes en la filosofía moderna, sobre todo; pero los lleva una vez más al extremo insuperable. Por lo demás, entre la *ateología* y la *irreligión* y el *irracionalismo* hay la congruencia paralela a la que había entre la *teología* y la *religión* y el *racionalismo*. Razón era la facultad de dar razón de ser o de las esencias, supremamente la divina. Nada más natural ni lógico que, si no hay esencias, ni divina ni no divinas, tampoco haya la facultad de las mismas. Que si no hay razón de dar, no haya la razón con que darla, que la daba. La razón humana tenía vinculada su existencia al logos sobre Dios, al logos de Dios, a la razón, a la esencia divina.

Y ahora podemos dar de la situación de la filosofía en el momento presente una fórmula tan concisa como llena de sentido, espero, para todos. (En el pasado había sido la filosofía *razón de la religión, razón y religión*. La filosofía del presente es *irracionalista* y es *irreligiosa*, no es *ni razón, ni religión*). En esta situación ¿es la filosofía posible? Quizá la respuesta acabada llegue, si empezamos por responder refiriéndonos a aquello a que todavía no nos hemos referido, pero no debemos poner término a esta conferencia sin hacerlo, como por lo demás anuncié al principio: el futuro.

En primer lugar, pudiera la filosofía seguir siendo autocrítica de la razón en general y singularmente "filosofía de la filosofía". Quizá en estas materias no se haya dicho aún, a pesar de lo que se viene hablando desde hace siglos, la última palabra. El hombre progresa, allí donde progresa, con el *tempo* secular de la historia, no con el ritmo veloz que quisiera la fugacidad de la vida individual.

En segundo término, pudiera la filosofía continuar siendo lo que ha venido siendo crecientemente en los últimos tiempos, filosofía de las ciencias de las cosas humanas y de estas mismas en general, filosofía de la ciencia en general también, que es una cosa humana, filosofía del arte, filosofía de la religión, filosofía de la historia . . . Como la razón y la filosofía mismas son igualmente cosas humanas, la autocrítica de la razón y la filosofía de la filosofía resultan un caso particular de esta filosofía de las cosas humanas. Pero es dudoso, como mínimo, que esta filosofía lo sea, al menos en el mismo sentido que la clásica filosofía teológica, metafísica. Un signo de esto podría serlo el hecho de que es difícil, si no imposible, precisar el límite entre la *ciencia* de la ciencia, del arte, de la religión . . . y la *filosofía* de estas mismas humanas cosas.

Pero nada de esto parece bastante para hacer que no se plantee el siguiente y decisivo problema. La filosofía ha sido cosa de razón y de religión. La razón parece haberse anulado a sí misma. La religión, en proceso de extinción. Filosofía, razón, religión, ¿habrán sido, serán simplemente *etapas históricas* de la Humanidad, como mueven a sospechar los hechos que acabo de repetir, o serán *manifestaciones esenciales* de la naturaleza humana, que por ende continuarán siendo mientras existan seres humanos, como las había concebido, sin duda simplemente en forma más o menos consciente y expresa, la tradición? Este es el problema decisivo.

Una ley como la de los tres estados de Auguste Comte, es una solución del problema en el sentido de las etapas históricas — a menos que no

se la interprete en el sentido de ser el estado positivo el esencial. A pesar de las críticas que se le han dirigido, no cabe negar que por lo menos es una expresión fiel de los hechos que plantean el problema. Y eso que es anterior a los hechos extremos de nuestros días. A algunos filósofos de estos nuestros días, como a mi maestro Ortega y Gasset, se les ha repetido el reproche de que no hacen filosofía en sentido propio, de que no son, pues, filósofos en este sentido, queriendo dar a entender que es que carecen de la capacidad necesaria para ser tales. Por mi parte, creo haber mostrado en ocasiones anteriores que el reproche pudiera extenderse también a aquellos filósofos de nuestro tiempo a quienes nadie ha osado negarles el título en ningún sentido, pero con la intención de mostrar, más a fondo, que no se trata de una incapacidad individual de algunas personas, sino de la impotencia general de la modernidad que quisiera dejar bien puesta de manifiesto en esta conferencia. (Se trata de que el hombre moderno no parece capaz de creer en lo que creían los hombres de otras edades y siguen creyendo los que pertenecen a ellas, aunque vivan en nuestros días, pues notorio es que si se practica una sección transversal en el curso de la historia, siempre se encuentran en ella reliquias del pasado, como rudimentos del porvenir. Se trata de que el hombre moderno no parece poder ni siquiera seguir creyendo en aquello en que parecía creer como ningún hombre había creído antes, en la razón. ¿No será la "razón" del hombre moderno algo muy distinto de la "razón" de la filosofía clásica, algo a que inequívocamente debiera darse otro nombre, "inteligencia", por ejemplo? Se trata en suma, de lo que parece una verdadera impotencia religiosa y filosófica, metafísica, del hombre de la edad moderna. Pero éste ¿seguirá siendo el hombre de la edad futura?)

Al llegar aquí, conjeturo que han llegado ustedes al máximo de expectación, y que por tanto voy a tener que resignarme a poner fin a esta conferencia con el fracaso de deparar a ustedes una máxima decepción. Porque mi propósito fué desde un principio tan sólo puntualizar la situación de la filosofía en el momento presente, apuntando su novedad respecto del pasado y la perspectiva que abre sobre el futuro. Porque no podía ser otro. No podía ser otro por la razón con que voy a concluir, a ver si logro siquiera atenuar la decepción de ustedes y el consiguiente y justo fracaso mío.

Supongamos por un momento que la religión fuese por su propia naturaleza cosa de "comuni6n", esto es, de una "comunidad" vinculada consigo misma por los vnculos con algo "trascendente". Supongamos, más en ge-

LA SITUACION DE LA FILOSOFIA EN EL PRESENTE

neral, que hubiese cosas que no estuviesen al alcance de las facultades de los individuos en cuanto tales, sino tan sólo de las potencias colectivas de grupos humanos organizados según una cierta constitución. El mito, por ejemplo, crear mitos, grandes mitos, capaces de sustentar la vida de los individuos de toda una colectividad humana, y hasta de varias, no parece cosa de crear la cual será capaz a su vez ninguna individualidad, por potente que sea, sino tan sólo las colectividades mismas. Supongamos, por otra parte, que la "sociedad" moderna hubiera venido a ser una agrupación humana no organizada según la constitución requerida para que estuviese al alcance de sus colectivas potencias la relación con lo trascendente, ni al alcance de las capacidades individuales de sus miembros el pronunciar sentencia sobre la extinción o la resurrección, la pervivencia de semejante relación. Supongamos, en fin y con máxima generalidad, que la previsión, que la predicción no entrase dentro de los límites de *la humana finitud*. Que ésta tuviese su manifestación más cabal en la impotencia para conocer lo futuro. Que a los humanos sólo nos esté dado — no esté *impuesto* esforzarnos por determinar según nuestras intenciones lo futuro, sin la previa seguridad de que lo futuro quedará determinado según nuestras intenciones. La conclusión cae en nuestras manos como fruto maduro — sin necesidad, seguramente, de que interprete en el caso esta trillada imagen.

JOSÉ GAOS